

Persona y Prójimo, Patria y Humanidad en el Pensamiento de José Martí

*Por Roberto AGRAMONTE, de la
Universidad de La Habana, Cuba. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

I. DOCTRINA DE LA PERSONA

1. *Individualidad, personalismo, persona.*—En el presente estudio, en la primera parte, vamos a estudiar el *yo* y el *tú* martianos, o sea, persona y prójimo. Y en la segunda parte, el *nosotros* martiano o sea, patria y humanidad.

Pensador y poeta, genio introvertido, artista sumo, con un sistema subjetivo altamente desarrollado, la vivencia de la soledad y del silencio son dos toques iniciales necesarios para la definición de la persona en la filosofía martiana. “Para sufrir, como para pensar, necesito estar solo” (63-175),¹ leeráse en un soliloquio. Claro que esta soledad tiene un sentido sociológico de proyección, como se ve en carta de Martí al venezolano Heraclio Martín de la Guardia, al agradecer la dedicatoria del poema que le envía: “¡Luego no está solo el que está solo! ¡Luego las almas honradas se entienden sin hablarse!” (20-123). Y alababa el silencio que para los hindúes era la mejor sabiduría, el mejor brahmán. Del general Grant dice que “más notado era por callar que por hablar” (15-116). Y de Panchito Gómez Toro, que vibraba, callado (7-41).

Una segunda categoría del espíritu es la de individualidad. La individualidad es el distintivo del hombre (53-75): es la aurora precur-

¹ *Obras completas de Martí*. Editorial Trópico. Habana. Cuba.

sora de la personalidad. Pero la individualidad no tiene en Martí el poder omnímodo con que la dota el individualismo. “Esta es la época en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, que es cercana a la otra época en que todas las llanuras serán cumbres. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos, que realzaba su estatura” (63-191). Lo que advierte el superbo sociólogo es un fenómeno como de descentralización de la inteligencia. Advierte una expansión de las cualidades de los privilegiados de la mente a la masa (63-191).

Es curioso para la filosofía de la persona el título de uno de los artículos de Martí, a saber: *Persona y Patria*; o sea, individuo y sociedad. En carta al diario *La República* de Honduras, de 1866, habla de “ese respeto a la persona humana que hace grandes a los pueblos que lo profesan y a los hombres que viven en ellos, y sin el cual los pueblos son caricaturas, y los hombres insectos”. Y cuando la dignidad del pueblo mexicano, encarnada en Juárez, dio al traste con el Imperio de Maximiliano, y se le sacó como un cáncer, “quedó asegurada y triunfante, dispuesta a toda pujanza y maravilla, la diosa permanente, que da de sí luz, que ilumina los altares nuevos: la persona humana” (23-134). Aplicando la filosofía del personalismo ético a la realidad cubana, anuncia que se ha de librar la guerra, y “haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convida a todo un pueblo” (6-121). Persona y libertad son conceptos interrelacionados; y “nada ayuda tanto a la libertad como el conocimiento de que se es persona por sí, con raíces en el país en que se vive, y no arria y reflejo” (14-19).

Podemos decir que si el Apóstol es capaz de asentar “lo que soy, lo soy” —un tanto como el *ego sum qui sum* del *Exodo*— ello es quizá una excepción a su siglo en lo que se refiere a hablar de sí mismo, que califica de “tarea estúpida y enojosa” (*A. N.* 9), a diferencia de un Montaigne, un Tolstoi o un Montalvo que hace de sus obras documentos estéticos autopsíquicos. Hasta a quien tanto admiraba y alabó, como Cecilio Acosta, le pone como reparo que es eminentemente personal: “El autor gana con esto; pero las ideas corren el peligro de empequeñecerse. No todas nuestras penas y placeres, ni nuestras opiniones, interesan. Bueno es sacar de sí como de las fuentes más puras, y la más cercana experiencia, las ideas —pero no hacer de éstas meros puntales y señaladores de nuestra personalidad. Se tiene más interés en ver al que se oculta, que al que a todo paso, nos sale a los ojos” (63-20).

Luego, en otro lugar: “La persona hemos puesto de lado: ¡bendita sea la Patria!” (4-227). Celebrará en Olegario Andrade, de cuyo poema *La Atlántida* hace ensayo ahondador, “esa prescindencia de sí, y esa compenetración con lo hermoso eterno” (18-69). Y loará también a Emerson, “porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal” (15-14). Y en un comentario que hace al *Hamlet* se pregunta: “¿por qué es ésta la más real o la más personal de sus obras? Pero ¿qué distinción es ésta? ¿Lo personal no es real?” (62). Es que —digamos— *Hamlet* es más real que Shakespeare, como *Don Quijote* es más real que Cervantes.

Otra cosa es el personalismo como concepto inético, que es para Martí la clave de todos los males públicos y del naufragio de toda causa noble. “Tal como es admirable —escribe en una epístola de los años de preparación de la gesta heroica del 95— el que da su vida para servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida” (1-219). Martí se dirige en 1893, con palabra patética, al general Máximo Gómez: “No es mi nombre, miserable pavesa en el mundo, lo que quiero salvar: sino mi patria. No haré lo que me sirva, sino lo que la sirva. Ni siquiera me ofenden el desconocimiento e injusticia que encuentro en mi camino. El mundo es hiel, y bebo: pero no me dé usted hiel a beber” (5-178). El verbo reflexivo “deponerse” lo usa mucho, como contrario a personalismo. A Gonzalo y a Benjamín les escribe en abril de 1895: “Yo nada les diré de mí, sino lo que ya saben, y es que me iré ajustando a nuestras realidades vivas, y deponiéndome sin cesar, y quitándome de donde pueda cerrar la vía o entorpecerla. . . Yo soy un comino. Haré lo que mi tierra me mande. Y jamás se podrá decir que la impedí por mi aspiración o mi capricho” (8-185). Deposición absoluta y continua es la palabra de orden de Martí, según la expresa a Henríquez y Carvajal un mes antes de morir. “Lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona, sino en lo que valga ella a la patria” (18-162). Tal afirma en su estudio sobre el libertador San Martín.

2. *Abnegación, sacrificio, redención, heroísmo, martirio.*—La abnegación es antídoto del personalismo. Define el gran eticista el propósito abnegado como aquel “limpio de toda mancha de apetito y de toda pasión impura de hombre” (3-105). Es contrario a la recompensa y sinónimo de espíritu vigoroso (3-42), de grandeza, de sagacidad. Para-

digma de esta virtud era el gallego Pablo Insúa, quien aun anciano, enfermo y fatigado, su casa era la de los clubes de emigrados; todo lo tenía empeñado por la revolución; no había que pedirle dinero a aquel gallego, sino que rechazárselo. “Tal parecía que estaba haciendo penitencia, y que quería, a fuerza de abnegación, hacerse perdonar alguna culpa —la culpa de vivir mientras los hombres son esclavos” (11-20). Tan abnegado era que, en medio de la nieve, aquel anciano iba a llevar el sustento a una casa cubana menesterosa, donde lo bendecían. Martí le rinde tributo a la hora de su muerte, haciendo con él, no ética abstracta, sino ética viva. Paradigma de abnegación fue Mariana Grajales, la madre de los Maceo, que curó, durante la gesta de los Diez Años a heridos, cubanos o españoles; y amaba los tiempos de hambre y sed (11-98). Y la casa sacrosanta del general Máximo Gómez: “¡santa casa de abnegación, a donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!” (10-229).

Virtud gemela de la abnegación en la filosofía martiana de la persona es el sacrificio. El Apóstol habla de “lo poco común del divino amor al sacrificio” (9-37). Desde Montecristo escribe en 1895 a Fernando Figueredo: “De acá, sólo les puedo decir que todo lo humano queda hecho —y que para mí no hay derrota—. Prudencia y sacrificio y martirio sí, derrota, no” (8-186). Pero el sacrificio no ha de ser engaño de entusiasmo alocado, yerro inútil, obra suelta que para en desastre, equivocación de empresas (3-148). Y suceso histórico fue cuando el Delegado —que así se le llamaría—, en 1892 demandó del general Máximo Gómez lo que sólo su alma apostolar y su ejecutoria excelsa pudo haber demandado del gran dominicano: “Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios; y yo vengo confiado a pedir a usted que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte” (4-48). “El sacrificio es un placer sublime y penetrante” (192), pondera en su estudio sobre el bardo Sellén. Y en su carta-testamento a Henríquez y Carvajal: “Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio” (8-189).

Un grado más, y se llega a la redención. “La Humanidad —postula el Apóstol— no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos lo esquivan, es preciso que otros lo acumulen, para que así se salven todos” (18-91). He aquí el principio universal de su humanismo redentorista, formulado en el curso de su vigoroso estudio sobre Juan Carlos Gómez. Y canta a

...una limpia y redentora espada.

¿Con qué la has de hacer? ¡Con luz de estrellas!

(L. G. 186).

A la vez prevé los momentos que subseguirán al de liberación o redención. “¡Ah, los días buenos, del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe” (9-147).

En 1887, durante la conmemoración en Tampa del 27 de noviembre, quiere que se evoque esta fecha con un amor purificado y angélico: “lo que queremos es saludar con inefable gratitud, como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla, a los que a la primera voz de la muerte, subieron sonriendo, del apego y cobardía de la vida común, al heroísmo ejemplar” (9-175). En *La Edad de Oro* definirá ante los niños el heroísmo como valor moral, con estas palabras: “Esos son los héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad” (*E. O.* 21). Caracteriza lo heroico el constituir una ciega generosidad: es ímpetu que levanta sobre el nivel común a las almas mayores (16-16), según especifica en su estudio sobre el Presidente Arthur. Pero reconoce dos formas de esta insólita virtud: el heroísmo de la guerra y el del destierro; y un tercero: “el heroísmo en la paz”, que “es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra” (19-15).

A través de sus páginas y discursos desfilan —para educación del carácter, a base de la historia— Catón el rudo y Tunio Bruto, la brava Lucrecia y la palabra de Hortensio, y la toga de los Gracos. Son iguales conceptos exaltativos que los del ecuatoriano Juan Montalvo, que loa a los Decios y a los Escévolas, y a las Lucrecias en el mundo antiguo. Y encarece también un heroísmo civil, como el del filántropo abolicionista Wendell Phillips, que peleó treinta años solo; “fue magnífico verle, como dama numantina que echa al épico fuego todas sus joyas” (15-74). Y admirará al extraordinario Garibaldi como héroe de su siglo (18-58). Pero evoca a la vez, y en primer término, a nuestros Ajax, Curcios y Decios, a un Bernabé Varona, “el que de un vuelco de la muñeca derriba un toro, y de un salto del corazón libertaba a cientos de prisioneros españoles; luego España deshizo a balazos aquella cabeza hermosa” (14-197). Era su lema: “tengo fe en que lo heroico vence” (1-170).

El martirio es para el Apóstol coronación de la moral heroica, generosa autoinmolación, paso final a la gloria eterna. “Los cuerpos de los

mártires son el altar más hermoso de la honra” (1-95), escribe evocando otra vez el 27 de noviembre. Y en *El Presidio Político en Cuba* le impreca al enemigo: “las lágrimas de los mártires suben en vapores hasta el cielo, y se condensan; y si no las detenéis, el cielo se desplomará sobre vosotros” (1-81). En un lacónico aforismo lo define: “El martirio: he aquí la calma” (62-62). Y en su escrito *A la Colonia Española*, pide: “No se vierta más sangre pacífica, allí donde tanta sangre ardiente y generosa se pierde. ¡No se pierde; se siembra!” (1-139).

3. *Doctrina de la libertad*.—Dentro de esta filosofía del espíritu que parte del propio individuo, en su esencia prístina, el concepto de libertad es uno de los que el gran revolucionario y teórico desarrolló con más intención, amplitud y ciencia.

La libertad natural es el núcleo metafísico de su concepción de lo humano. Ella es la religión definitiva y nueva. Está unida a lo divino: “con ella se está más cerca de lo ilímite; y mientras más trabas rompe el hombre más cerca está de la divinidad germinadora”. A los que la quebrantan les advierte que nadie puede corregir la obra divina. El ius-naturalismo tuvo en el Apóstol un portavoz ejemplar. Los derechos humanos, a base del primario derecho a la libertad, fueron objeto de su prédica más fecunda. Descubre este valor a través de toda la escala zoológica. He aquí ese hecho esencial en el mundo viviente: “Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas; el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso; la llama del Perú se echa en tierra y muere cuando el indio le habla con rudeza y le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y la llama.” Montalvo recuerda —en el mismo sentido— cómo morían, al privárseles de libertad el cóndor americano y el indio transplantados al zoológico de París. En el hombre es algo original: la cría en sí, basado en su propia idea y en su naturaleza altiva. Así habría contestado Martí a la pregunta acerca del valor y la significación de la libertad.

La libertad de pensar es la primera ley martiana, pues “los pensamientos entran como polvillo sutil en todas las mentes”; “son por ello germinadores”. “Reo es de traición a la Naturaleza —dice con el *pathos* de los iluministas— el que impide en una vía u otra, o en cualquier vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre.” Han pasado los tiempos en que hablar es pecado y oír herejía. No cree que estemos en los caducos tiempos “en que había una forma única de la expresión del juicio hu-

mano". Desea libertad en su radicalidad, en todo: en política, en ciencia, en arte; a esa radicalidad la llama "libertad espiritual", que define en su sustancia ética como "el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía". Su concepción autónoma de la persona, su idea de la esencia humana —análoga al *Selbst* de Cohen— está concretada en esta sentencia: "¿Quiénes son los soberbios que se arrojan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de privar del ejercicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el hombre?" El análisis de este concepto de la persona descubriría vetas de la filosofía estoica, de la dignidad en sentido kantiano, del humanismo renacentista, del iluminismo dieciochesco; pero nada de ello es menester: lo original en Martí radica en el modo personal y propio con que vuelve a vivir estas ideas, y con que según su vital experiencia vuelve a plasmarlas. Que para él las cosas sentidas y vividas, las cosas cuando son sinceras, son siempre nuevas.

Todo valor es en esencia infrangible y perdurable. Eso sucede con la libertad. "Hay algo —dice— de sutil y misterioso en el espíritu de la libertad que la hace perdurar y vencer por irresistible empuje en medio de las más difíciles circunstancias." Es, además, de suyo irrevocable —tesis que prueba y apoya en la afirmación de Estrada Palma—: "Desde que ascendí a la dignidad de hombre libre, no me ha sido posible descender." Se pronuncia el Apóstol contra la libertad nominal, de meros labios, de vociferaciones, "la que habla e invoca a Jesús bueno en estandartes inquisitoriales"; se produce frente a "esa libertad de aficionadas que aprenden en los catecismos de Francia e Inglaterra los políticos de papel". Hablando de una república civil verdadera, afirma el gran revolucionario en 1893: "No queremos salir de una hipocresía para caer en otra. Amamos a la libertad, porque en ella vemos la verdad. Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero." Y precaviendo a los pueblos en su necesario cuidado a ella, advierte: "Los pueblos no tienen más que un tirano, y es la falta de vigilancia de sus libertades."

Ante los que la proscriben y se perpetúan en el poder, contra la voluntad del pueblo, indica que "sólo la opresión debe temer el ejercicio pleno de las libertades". Frente a los usurpadores —como principio consagrado de la Revolución Francesa, y luego de nuestra Constitución de 1940 y de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre

de la Organización de las Naciones Unidas— proclamará el “derecho de resistencia adecuada” contra los gobiernos que violan esas garantías jurídico-políticas fundamentales. En algún alegato en defensa de los trabajadores cubanos de la emigración consigna: “El derecho de resistencia a toda especie de opresión, de que con justicia me creen el representante natural.” Defiende a Polonia y a Hungría. El general Roloff, que estuvo en Guáimaro y en Nueva York, le habló de su Polonia vencida por sus propias castas, y de la crucifixión de su libertad.

El maestro tiene fe en que nuestra patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad. Quiere que aspiremos a ella con toda la solemnidad del hombre libre, convencido de que en la conquista de ella “se adquieren, mejor que en el abyecto abatimiento, las virtudes necesarias para mantenerla”. “Libertad —define el Apóstol— es esencia de la vida; cuanto sin ella se hace es imperfecto; es la condición ineludible de toda obra útil.” De ella emanará la educación y la ciencia; en suma, “el siglo XVIII fundó la libertad; el siglo XIX fundará la ciencia; así no se ha roto el orden natural, y la ciencia vino después de la libertad, que es madre de todo”.

4. *Doctrina de los derechos naturales.*—La doctrina de los derechos naturales del hombre constituye la espina dorsal de todas las prédicas y escritos políticos del Apóstol. El reconocimiento de estos derechos naturales —que hoy forman la Carta Universal de los Derechos del Hombre, proclamada por la Organización de las Naciones Unidas— constituye para él la salvaguardia única y suficiente aun de las más complejas sociedades humanas. El primero de estos derechos consiste en “el ejercicio de aquella libertad original que cría el hombre en sí”, indispensable “para el disfrute del bienestar legítimo”. El segundo derecho natural del hombre es la igualdad social, que consiste en “el trato respetuoso y equitativo; éste no es más que la equidad visible de la naturaleza”. El tercero es el derecho al trabajo, el cual constituye uno de los postulados del Partido Revolucionario Cubano fundado por él: derecho que ha de transformar en bien general la descomposición burocrática de la colonia, y ha de fundarse “en el ejercicio de las capacidades legítimas del hombre”. Ello creará un pueblo capaz de suplantar, por el orden del trabajo real, el sistema ominoso de trabajo legado por un régimen de servidumbre. En su opúsculo sobre *Guatemala* advertirá el sociólogo egregio que la facilidad de trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.

Insistamos en la esencia de la juridicidad. El derecho es para Martí lo que asegura a los pueblos y lo que refrena a los hombres. Y la ley no es monopolio, sino una augusta propiedad común. Reclama “el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejercen”. Ve este visionario en el mundo que adviene “la igualdad triunfante ya, por todo el universo, de los derechos humanos”. Que se le corte la mano es lo que desea a quien merme un derecho ajeno; y a seguidas afirma: “no consentiré jamás que en el goce altivo de un derecho venga a turbármelo el recuerdo amargo del excesivo acatamiento, de la fidelidad humillante, de la promesa hipócrita, que me hubiesen costado con seguirlo.” Y deslindando lo que el derecho es, y disertando sobre los nuevos códigos guatemaltecos, asegurará que “el derecho no es una red, sino una claridad”. Es más, circunscribirá lo que ha de ser en esencia el nuevo derecho, mejor, el americano. Su postulado es éste: “A vida propia, derecho, en lo necesario, propio.” Un país que se está transformando requiere parejamente códigos en transformación. Las Ordenanzas de Nájera ya no pueden funcionar en América.

II. DOCTRINA DEL PRÓJIMO

5. *Confianza y ágape, concordia y comprensión del prójimo.*— Veamos ahora la concepción del prójimo en Martí, la relación entre el yo y el tú. El primer valor que exalta como necesario en las relaciones prácticas es el confiar los unos en los otros, la confianza mutua.

Su amor se transfunde ante sus hermanos en forma de “ágape”—aquel convite de caridad entre los primeros cristianos, aquel espontáneo darse a sí mismo, y prodigarse, de naturaleza inegoísta, que se vierte sobre el bien y sobre el mal, ante quienes lo merecen y ante quienes no lo merecen, y que era de esencia divina. Así lo inculca en su artículo *A los Cubanos*, de 1890. “Queremos la confianza entre todos los que hemos de vivir juntos” (2-233). Al general Maceo le escribirá: “Yo me voy lleno de una serena confianza y como de fuerza mayor. No olvide que tiene compañero y escudo en José Martí” (7-56). Y el peor modo de llevar a cabo una obra conjunta es con desconfianza, que debilita los ánimos (6-39). Hay que acallar las antipatías en beneficio de la patria (2-233).

Seguidamente inculca el valor moral de la cordialidad, y asienta: “La cordialidad da fruto” (21-191). Potencia aquella “cordial cortesía

que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres” (22-36). Y por propia y amarga experiencia confiesa “cuán poco puede el genio generoso contra la obra de discordia de los hombres” (18-21), según leemos en su lúcido y macizo trabajo sobre don Miguel Peña. En cambio la concordia —que es quizá *cum-cordis*, conjunción de corazones— une las corrientes que suelen ir apartadas o encontradas en los hombres (9-210). El 28 de abril de 1892 declara: “Esta es la revolución de la concordia, ésta la época de la paz, ésta la época de los corazones” (3-48), a propósito de una carta del club Oriente de Kingston. Pero rechaza desde luego la armonía con aquellos factores en que la concordia sería imposible y pernicioso (9-22), según la doctrina expuesta en su notable disertación de Eteck Hall de 22 de enero de 1880.

La relación entre el yo y el tú se contrae a su vez lógicamente a la comprensión del prójimo. Era toque anímico esencial del Apóstol adentrarse en el alma de su semejante, guiándolo, fortaleciéndolo. En misiva a don Ulpiano Dellundé de marzo de 1895, cuando este fraterno amigo de Martí estaba altamente preocupado por su holocausto, que veía avecinarse, el guía impar lo calma, aconsejándole, ante la caedera de su espíritu, la medicina de la lectura, paseos en tardes y domingos por el verde prado, ocupar su mente en algún trabajo sostenido y fuerte, y levantarse con voluntad por sobre su inconformidad, mirarla desde arriba —lo que revelaba el terapeuta psíquico que era ese apóstol del amor. Y lo confronta con estas palabras pindáricas: “Sea quien es” (8-157). Consuelo transitorio, pues en breve ofrendaría Martí su vida en Dos Ríos. Y Fleisch, viendo ese afán por el prójimo del superhombre, de Grosserman, le dice: “siempre robando a su reposo las horas para pensar en los demás.” A lo que contesta el hombre magno —Homagno—: “No me quieras cuando no los robe, cuando me olvido tanto de mí mismo que solo pienso en mí, cuando vea pasar a mi lado una desgracia sin darle amparo ni remedio, Fleisch” (26-53).

El Apóstol es un lector del corazón ajeno. Y a su amigo Néstor Leonelo Carbonell, le dice: “De lejos he leído su corazón, y desde acá he visto también el mucho oro de su alma viril, donde corren parejas la ternura con la luz” (2-205). “Usted —le escribe a Gualterio García— me le vigilará los ojos a Fermín para que se le alegren y sonrían, cuando lo vea usted como con ganas de llorar” (6-172). Y a José Dolores Poyo, ese gran contribuyente de la revolución: “No quiero que esté triste. Somos pocos los puntales. Y además, no sé de mayor tristeza que ver a un amigo mío triste” (6-170).

Y ¿qué decir del trato y tacto martianos? De aquella “seda del trato”, que celebraba en Emerson, que le abría las puertas todas con facilidad extraordinaria (16-15). Celebraba el gran hombre de mundo que era, “el trato ameno y espacioso de las gentes cultas, que es para el espíritu como la sazón para los manjares” (23-152). En la época del Congreso Internacional de Washington, de 1899, donde había fealdades, que precisaba conjurar con tacto, en bien de nuestra América, y en que Martí fue héroe y triunfador, enseña a un dilecto discípulo esto: “La cautela y el don de tratar a los hombres, no tienen por qué ir hasta perder las virtudes en donde reside la única dicha durable” (21-192). Y ese trato exquisito, vertible, de dama, si se quiere, fue característico en Martí y llave de sus éxitos. Hablando de Enrique... y de prestar su servicio difícil y glorioso, pregunta: “¿O ha perdido la confianza en mi cordura y el tacto que me da mi pequeño conocimiento de los hombres?” (7-201). Y refiriéndose a emergentes dificultades dice que “sólo pueden evitarse con el exquisito tacto político que viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor” (9-75). El tacto, a más de individual, lo considera colectivo: “descámosle a la patria tacto supremo y paso firme” (8-184).

6. *Cariño, ternura, sentimentalidad, piedad.*—Otra categoría psíquico-moral del más alto valor e instrumentalidad en las relaciones entre el yo y el tú martianos fue el cariño. En un acto masónico que tiene lugar en mayo de 1892, afirma el superbo adalid que “el cariño es la llave del mundo” (14-39). Y a su fraterno compatriota José Dolores Poyo le dice que la gente se mejora al calor del cariño (5-240). Y para las cosas públicas habla de ese “júbilo de cariño” (6-136) que hace irresistible nuestro empuje, y llega a decir que ese afecto “derriba y rehace la patria y la república” (14-161). Como Juan Jacobo Rousseau, que sentía como el mayor deseo la necesidad de sentirse amado, así Martí le expresa al general Máximo Gómez: “Mídamme y quiéramme. Niéguese razón para creerme capaz de caer en trampas y debilidades; eso sí: si aún hubiera tiempo, que no parece haber, para más letras tuyas, consuélame y aliéntame con su aprobación y su cariño: que mi única flaqueza, y necesidad, es la de ser amado” (7-158).

Y “quien se acercó a él, se retiró queriéndolo”, dijo Darío. Y al general Antonio Maceo, al subrayarle su señalada parte en la gesta a las puertas, le manifiesta, en 1894: “¡Lo que yo espero de usted! ¡Lo que yo deseo para usted! De eso callo, por el miedo de siempre de que le parezca el cariño interesado” (6-142). Y cuando todo está

hecho, para ahora y para luego, al llegar a Montecristi, concluye el Maestro su carta a Gonzalo con estas interrogaciones afectuales: “¿Quién me quiere? ¿Quién me hace el chocolate? ¿Quién es mi hijo bueno y magno?” (8-122). Es que, como le dice en misiva a Máximo Gómez, hablándole de Panchito, entre las pocas cosas que los hombres no suelen lograr, una es “dirigir su cariño” (7-41). Y para otra vez a Gonzalo en febrero del 95: “En la pelea invisible en que va envuelta nuestra vida, hay que ir levantando fortalezas de cariño. Creo en el poder de las almas, y en el empuje que de lejos da al brazo mi pensamiento cariñoso, y en la eternidad del corazón abandonado” (8-18). Habla, en fin, como norma revolucionaria, del “cariño humano y oportuno”.

Pero hay un peldaño un tanto más delicado —si bien no más alto— en esta escala afectual martiana, y es la ternura, que sin el examen de su operación o influjo, no es posible comprender la psique ni la filosofía del espíritu del Maestro. En la novela *Amistad funesta*, llena de rasgos autobiográficos, se lee: “¡Son tan desventurados los que no son tiernos!” (25-149). Pero aunque este juicio lo aplica a Lucía, a la tierna Lucía, ese atributo es para Martí una condición del ánimo viril. Hablando del mexicano Juan José Baz, dice que “Templaba su carácter heroico con la ternura, inseparable de su verdadera grandeza” (18-114). Y describiendo la personalidad del gran hispanoamericano Juan Carlos Gómez, afirma que “tenía aquella ternura femenil de todas las almas verdaderamente grandes” (18-101). Tocante al industrial y filántropo industrial Peter Cooper, afirma que “era tan tierno que parecía débil; pero tenía esa magnífica energía de los hombres tiernos” (15-58). Y aun ese afecto va imbíbido a la efusión de sangre patriota generosa. “Ahora es mayor la obligación, porque ya es sangre, y en la hora de ella siento necesidad más viva de su ternura, y de demostrarles la mía” (8-186). Del filósofo de Concord, a quien tanto se identificó, indicará que “fue tierno para los hombres” (15-9); del antiesclavista Wendell Phillips, que “era su ternura abundante, y como oceánica”; y subraya su “violenta necesidad del propio sacrificio en bien ajeno” (15-76); y de nuestro universal bardo, José María Heredia, dijo que “nada menos necesita él que la ternura universal” (12-153). Tal escritura afectiva integraba la psique de Martí, muy en concordancia con la época romántica.

Otra gran veta del alma martiana y de su filosofía del prójimo es su “sentimentalidad” —palabra que él mismo emplea— ante el débil, su iridiscente sensibilidad ante el lamento de los oprimidos, propia de los

idealistas puros del tipo esquizotímico, dentro de las categorías de Kretschmer. De piedad hiperestésica sufría con la corrupción de las costumbres. En unos *Fragmentos* Martí habla de “la pasión de amor por los solos y los desvalidos del mundo” (9-262). Luego, en uno de sus versos, expresa: “Herida no hay que yo no sienta” (*L. G.* 120). Y al referirse a un poema suyo:

¡ Todo lo triste cabe en él, y todo
cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!

Por sus versos desfilan ora humildes obreros tiznados:

. . . el denso
rebaño de hombres que en silencio triste
sale a la aurora y con la noche vuelve,
del pan del día en la difícil busca

. . . una enfermiza
mujer, de faz enjuta y dedos gruesos
un niño que sin miedo a la ventisca,
como el soldado con el arma al hombro,
va con sus libros a la escuela.

. . . los heroicos
y pálidos ancianos.

(*L. I.* 166, 167.)

Un notable estudio en que toca esa fibra humana es el ejecutado sobre el filántropo Peter Cooper, aquel industrial que dio a todos sus obreros instrucción gratuita, que rogaba “a los acaudalados que sean piadosos y a los descontentos que sean pacientes”, que mejoró el telégrafo, que fundó la Asociación para el Adelanto de la Ciencia y el Arte, que millones le traía su industria, y lo vertía sobre la almohada de los infortunados (15-63).

En el patético poema *Los zapaticos de Rosa* dominará ese acento:

—Yo tengo una niña enferma
que llora en el cuarto oscuro,
y la traigo al aire puro
a ver el Sol, y a que duerma.

(*L. I.* 260.)

Su sentimentalidad, en suma, avivaba su razón en defensa de pueblos de América abandonados a su suerte. Es así como, a raíz de la Conferencia Internacional de Washington de 1889, escribe: “¿Cómo

dejar sin defensa a aquello a quien no defiende nadie, y están tantos dispuestos a vender?" (21-185). Se refiere al plan de anexión de Cuba a los Estados Unidos.

Instala el sentimiento de la piedad en el centro de su conciencia activa. "No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón" (8-201). Su piedad es por los caídos de la tierra, por los pueblos oprimidos, por los infortunados, por los ignorantes y hasta por los equivocados; pero frena ese afecto conmisericordioso cuando habla, alerta, de la piedad inmoderada, "por la que suele entrar, en los hombres y en los pueblos, la desdicha". Se refiere a la piedad excesiva hacia los culpables de delitos de lesa humanidad. La piedad es para Martí una virtud enérgica, que nunca ha de llegar a flojedad o vacilación (4-159).

7. *Compromisos, respeto, cortesía, franqueza.*—Fijando el sentido correcto del trato humano, el Apóstol se produce de modo tajante contra los compromisos vituperables de toda índole. Por eso en el artículo tercero de las Bases del Partido Revolucionario Cubano de 1892, se establece que éste "reunirá los elementos de revolución hoy existentes, y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba (una nación),³ por una guerra de espíritu y métodos republicanos" (2-119). "En el comadreo vive bien la comadreja, y el hombre entero vive fuera de él." Se produce contra "obligaciones secretas, inmorales e inútiles" (7-73).

En las relaciones del yo con el tú, el respeto es un valor que ha de campear de modo básico. "Respétese lo que en este respeto es acreedor" (4-222), leéase en *Patria* de 1 de abril de 1893. Y postula: "El respeto a lo que lo merece honra al que sabe respetar" (1-153). "Ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar" (6-98), dirá en el artículo *La protesta de Thomasville*. Y en su estudio sobre el general Hanchok dice —aplicado a éste— que "el respeto a los demás, que pierden casi siempre los hombres acostumbrados a mandar, es la mejor y verdadera medida de la grandeza del alma" (16-33). De aquí la norma martiana: "Queremos la confianza y el respeto entre todos los que hemos de vivir juntos" (2-223). Y en Ocala, poniendo de relieve el valor moral de la obra de la emigración: "Nos estamos enseñando; y nos respetan" (5. 58).

³ Suplido, para comprensión.

En *La Edad de Oro* inculcará a los niños como bien y ornamento de la persona la cortesía. Meñique —del cuento de Laboulaye, que el educador adapta— era persona de modales finos, “porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y que la retama” (*E. O.* 30). Pero es ésa una virtud también de la vida pública y del trato entre naciones. Por ello, en el artículo *La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América*, habla “de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres, de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto de buena voluntad” (22. 12).

También elogiaba la franqueza, y refiriéndose a la política del Presidente Arthur dice que “se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora” (16. 15). “Cuba, que se tiene en tan poco, se dice, francamente, sus dudas y crudezas. Se estudia al sol, y se salvará. Cuba se salva” (6. 126).

8. *Culto a la amistad*.—En la teoría del prójimo, Martí resalta como caro valor el de la amistad. Habla de “aquel culto de la amistad, que fue acaso la mayor belleza griega: el mundo es fuerte y bello por los amigos” (14-60). Tal dice al hilo de un juicio sobre Domingo Estrada. Y medita sobre “el bien más enérgico de la vida”: sobre los buenos amigos, a propósito de Barranco. Pero la poemática martiana ofrece numerosas ilustraciones en el tratamiento de ese tema perenne de la literatura. Veamos una:

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor.

(*L. I.* 76.)

Expresó con sencilla emoción ese sentimiento amical:

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo
porque tengo un buen amigo.

(*L. I.* 136.)

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

(*L. I.* 137.)

Mas considera la amistad como medicina y remedio de males. Así en *Los Lunes de "La Liga"*, aparece esta reflexiva sentencia: "La vida rebaja, y hay que alzarla. Para todas las penas, amistad es remedio seguro. Con un amigo, el mundo lo es" (13-62).

Los niños cubanos cantan —rezan— *La rosa blanca*; y por doquier recitan esos delicados versos. Los encontramos en febrero de 1958 —en tiempos de exilio— inscritos a la entrada de la biblioteca general de la Universidad del Estado de la Florida:

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

III. DOCTRINA DEL NOSOTROS: PATRIA Y HUMANIDAD

1. *Nostridad y Hermandad*.—Unamuno manda primero amarse a sí mismo sobre todas las cosas, porque sólo de este modo, conociéndose uno, puede amar a los demás. En Martí el sufrimiento propio y el ajeno se convierten en la gran experiencia del nosotros. "Yo no he venido aquí —declara en *El Presidio Político en Cuba*— a cantar el poema íntimo de mis luchas y mis horas de Dios. Yo no soy aquí más que un grillo que no se rompe entre otros mil que no se han roto tampoco. Yo no soy aquí más que una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada" (1-49). Ante tanto horror, dice para sí: "¿A qué hablar de mí mismo?" (1-49). En otro lugar afianza la doctrina del nosotros: "No se es solo ni se lo puede ser, en las cosas de un pueblo; ni estamos a lo que haría yo, sino a lo que los demás desean y a *cómo* los demás desean hacer" (8-92). La norma que predica consiste "en hacer lo que conviene a nuestro pueblo, con sacrificio de nuestras personas; y no en hacer lo que conviene a nuestras personas, con sacrificio de nuestro pueblo. O se habla de lo que está en el país, o se deja al país que hable" (4-151). Ello se formula en el artículo *Ciegos y Deseales*.

Esa nostridad es su cara doctrina. "Nosotros encendemos el horno para que todo el mundo cueza en él pan." Y añade: "Así quedo yo: cavando, para todos" (5-160). Su tesón lo pone en la unidad de la obra

difícil: “Quien no entienda de desinterés y de conjunto, no lo entiende en lo demás” (6-221). La solidaridad en su consigna: juntar. “Lo que no se junta no vence” (14-189). “Juntos en esta noche —dice en el Liceo Cubano de Tampa el 26 de noviembre de 1891—, de fuerza y de pensamiento, juntos para ahora y para después” (9-154). “Los corazones juntos, crecen.” Desunidos los cubanos en la gesta del 68, predicará que de la unión depende nuestra vida (19-60). La norma apostólica que predica a la juventud será: “Vacíarse unos en otro: como los metales afines que van ligando la joya en el crisol” (9-201). En 1894 manifiesta: “Padezco, vigilo y espero, y sólo hablo para juntar y empujar” (7-217). Y al general Máximo Gómez: “No seré yo quien deje de contribuir al fin de paz y allegamiento, y merma de todos los elementos destructivos, que sabe usted es el fin de mi vida” (5-110).

Pero no se trata de una mera unión mecánica, sino de formar, para la sagrada tarea, un círculo afectual de más calidez: el de la hermandad. En el discurso de conmemoración del 10 de octubre en Hardman Hall, en 1887, enfebrece al auditorio: “Todos, todos con nuestros hermanos, nuestra carne, nuestra sangre, lo mismo los que piensan con más tibieza que nosotros, que los que han pensado con ineficaz temeridad” (9-75). “Hermanar es nuestro oficio” (11-167). Tal milagro obró “la santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos” (6-168). La hermandad es la gran medicina de los pueblos —afirma (4-123). En *Patria*, de 16 de marzo de 1894, en el artículo *Sobre Negros y Blancos*, habla “De esa fuerza de reconstrucción, de esta tácita hermandad grandiosa, de esta agregación venidera, más potente que nuestra duda de ella o nuestro enano deseo de impedir la” (6-126). “La fraternidad de la desgracia es la fraternidad más rápida” (1-55). Y evocando a la patria: “A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman” (8-10). Así hablóle de nuevo a su hermano don Federico Henríquez y Carvajal.

2. *El Dios-Patria y el holismo martiano.*—Dos dioses declara Martí adorar: el Dios-Conciencia y el Dios-Patria. Lo dice en la libreta de apuntes filosóficos de España que encontramos en la Embajada de Cuba en México, y que perteneció a Mercado. La patria la define desde su drama juvenil *Abdala*. La concreta luego en su esencia como “suma de amores todos”, y explica ese raigal sentimiento con esta argu-

mentación: Cada cual se ha de poner en la obra del mundo junto a lo que tiene más cerca, porque en lo cercano el influjo se ejerce mejor. Igual tesis mantuvo Luz Caballero en uno de sus aforismos: “Amor a todos los hombres, pero primero a mis compatriotas.” “Ella es nuestra adoración —afirma Martí—, no es nuestro pedestal, ni nuestro instrumento.” Por eso pronuncia ese nombre amadísimo con unción en sus conmovedores discursos. ¡Qué bellas palabras éstas: “La patria es sagrada, y los que la aman, sin interés ni cansancio, le deben toda la verdad!” Prédica básica, es dentro de su idea de lo colectivo, lo que podríamos llamar el “todoísmo” o “holismo” martiano —de *to hólón*; en griego, el todo— que se resume en la sencilla forma o lema que quería orlarse la estrella de nuestra enseña nacional: “Con todos y para todos.” O “Todos a la obra de todos, con almas en que quepan todos.”

El círculo sociológico espiritual más elevado es, para Martí, el de patria. Sólo sobre este concepto en el genio cubano se podría escribir un libro grueso. Así como el concepto metafísico de libertad es el núcleo de su doctrina del hombre, el concepto de patria es la clave de bóveda de su doctrina de lo colectivo. La idea de patria está determinada por su angustia fundadora “Séanos dado —escribe a esa alma cónsona a la suya, el general Máximo Gómez—, ahora que podemos fundar o destruir, fundar.” Por eso su política es de cimiento. La patria cubana —patria, hogar de los padres y de los hijos— como todas las patrias tuvo sus precursores y tuvo sus fundadores. Martí fue precursor en muchas cosas: en el verso nuevo, en la prosa nueva, en las ideas nuevas, en la economía nueva; y fue el programador por excelencia de los valores más genuinos de la cubanidad.

Súpose Martí hombre providencial, iluminado de una luz superior; y tuvo conciencia, como tal, del papel de los precursores en los grandes cambios históricos. “Esos son —dice mesiánicamente— el San Juan y el cordero del orbe que avanza, los hombres melancólicos y absortos que preceden siempre, dando voces simpáticas y extrañas, a todos los magníficos sacudimientos en que el alma humana, como estrella que cae rota del cielo en un combate de astros, enciende sobre el universo una época nueva.” Fijémonos bien: voces que hallan eco, y voces que al parecer extragavantes, lo parecen porque provienen de la irregularidad del genio que rompe lo rutinario y tradicional del vivir, llevando en las manos las nuevas tablas. Esos son los precursores, los profetas, los apóstoles. Eso fue Martí.

El concepto que este iluminado precursor de nuestra nación tuvo

de la patria, fue el de patria como algo a la que todo se le debe, y en la que el individuo no es nada por sí. En que el yo apenas es algo. Lo importante es el nosotros. Su programa era dar al mundo un pueblo libre, que era lo que dotaba de unidad a su vida y a sus acciones. “La patria no es de nadie —proclama—; y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.”

Sostiene el Apóstol que la patria “no es feudo ni capellanía de nadie”; pero también que “cuando las manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarle de sobre la patria las manos”. En el inicio de su elogio al gran músico cubano don Emilio Agramonte y Piña —abuelo del que escribe— expresa: “Honrar a la patria es una manera de pelear por ella, así como hacer algo que la deshonra es pelear contra ella.” La patria está hecha del mérito de sus hijos. Esto lo proclamó, y nadie como él fue en el extranjero abogado más elocuente del mérito cubano. Loó a las grandes figuras de la cultura: a Poey, a Bachiller y Morales, a Heredia, a Pichardo, a Villaverde, a la Avellaneda, a Emilio Agramonte; y las de la espada: al general Antonio Maceo, del que quiso que todo el mundo le viese el mérito y las varias clases de mérito que le conocía; al general Máximo Gómez, para quien tuvo palabras excelsas; a Mariana Grajales, a quien llamó “leona”, y a la que veneró como hijo.

Algo hace vibrar el alma de Martí, y es cuando se refiere al destierro; o sea, la vivencia de la patria desde la lejanía del extranjero, la de Víctor Hugo desde la Roca de Guernesey, la de Montalvo en su llanto de Getsemaní desde Ipiales, la de Sarmiento en su éxodo —“esa potencia creadora del destino”, como la llama Stefan Zweig—. El genio creador necesita de esas cesuras forzadas, de ese aislamiento que le revela el horizonte de su misión. Señala Zweig que los más altos personajes de la humanidad han venido del destierro: los creadores de religiones —Moisés, Buda, Zarathustra, Cristo— todos tuvieron que entrar en el silencio del desierto, de la montaña o del huerto —*santum silentium*— antes de pronunciar la palabra decisiva.

En los grandes combates políticos una ausencia temporal da lozanía a la mirada y permite calcular las fuerzas potenciales. “Únicamente la desgracia da mirada profunda para la realidad del mundo”, aclara Zweig. De aquí que todo destierro sea un aprendizaje, un tónico para la fuerza del proscrito. Tal fue el sentido del ostracismo de Martí en los Estados Unidos, en España, en Centro y Sudamérica —de ese peregrino del ideal. Oigámoslo: “¡Oh, patria de mi amor! Tú eres bendita

al través del alejamiento y la amargura! No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. ¡O valientes, o errantes!" Y alentando de continuo a rescatar la tierra patria, que besara el general Máximo Gómez, al desembarcar en Playitas con Martí, el 11 de abril de 1895, dice que de ella es mandar y de nosotros obedecer. "Los que dejen de hacer lo que les manda la patria en agonía, oigan la voz del ejército que marcha. Para tí, patria, la sangre de las heridas de este mundo. ¡Para tí, patria, la resolución de ir hasta el fin del camino! ¡Juntos y adelante!

3. *Amor al hombre, humanidad, humanismo.*—En la primera conferencia nos referimos al amor, no en cuanto amor al prójimo, sino como fuerza cósmica. Como fuerza interhumana, como "ágape", el Apóstol ofrecerá definiciones claras, iluminadas, patentes. El amor habría de ser uno de los capítulos del libro *El concepto de la vida*, examinado como "objeto de la vida", y en el sentido de amor al hombre o humanidad, o la humanidad en mí de que hablaba Kant. Haciendo la apología justa de Peter Cooper, afirma Martí que "fue venturoso, porque conoció el objeto de la vida". Y añade seguidamente, clarificando el tópico: "Sólo una llave abre las puertas de la felicidad: Amor. No sufre quien ama, aun cuando sufre, porque del alma a quien devora el amor a los hombres, surgen como de una copa de incienso que se quema, aromas embriagadoras" (15-60). Más adelante añade, haciendo la etopeya de Cooper: "Y él vio que quien se encierra en sí, vive con leones: y quien se saca de sí, y se da a los otros vive entre palomas. Y si le hincan los malvados el diente colérico, él no siente dolor de ser mordido, sino de que haya aún un diente que muerda. Y apoyará la mano en la frente del mordedor, y le mirará en los ojos de tan tierna manera, que el mordedor vencido sacará al cabo los dientes de la herida" (15-60).

Ese principio del amor, no como *eros*, sino como ágape —comunión— quedará filosóficamente formulado: "La única verdad de esta vida, y la única fuerza, es el amor. En él está la salvación y en él el mando. El patriotismo no es más que amor. La amistad no es más que amor" (11-93. n.). Y ese principio universal determina su división de los hombres: "Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen" (10-143). Y de modo más explícito: "Como con el agua fuerte se ha de ir tentando el oro de los hombres. El que ama, es oro. El que ama poco, como trabajo, a regañadientes,

contra su propia voluntad, o no ama, o no es oro. Que el amor sea la moda. Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar” (10-143). “Sólo el amor engendra melodías” (1. G. 191). No sólo en el orden de la naturaleza, sino también en el social. La patria se levantará hábil y pura a la vez “con la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza” (9-103). He ahí al genuino filántropo.

En el estudio sobre Juan Carlos Gómez manifiesta el filósofo-Apóstol: “El amor era su ley; y para él la tierra entera debía ser un abrazo” (18-92). En el propio sentido asentó que sólo el amor construye” (13-36). Eso es lo que adoctrina cuando dice de Teodoro Pérez que “trabaja, ama a los hombres y se doma” (10-215). Y al hilo de su estudio *Bronson Alcott. El Platonismo*, afirma que “no sabe de la delicia del mundo el que desconoce la fruición espiritual que viene del constante ejercicio del amor” (6-51). Esa fuerza espiritual será faro de su prédica. “Será mientras viva, en el Cayo como en el monte, fortaleza de verdad y de amor” (4-211). Y a través de su propaganda por las organizaciones revolucionarias expresará: “amor enérgico tenemos, donde ha habido odio enérgico” (4-126).

Humanismo o humanitarismo es lo que se opone a egoísmo. Martí apunta: “El egoísmo era la nota de los tiempos antiguos. El humanitarismo (el altruismo, la abnegación, el sacrificio de sí por el bien de otros, el olvido de sí) es la nota de los tiempos modernos” (962-95). Lo primero lo califica de “estómago del universo”. Y seguidamente pasa a circunscribir el concepto de humanidad; y le dirá a Fermín Valdés Domínguez, en 1894, comentándolo: “Ya te veo señor de corazones, canónigo de corazones, sin más pena que la de ser aún niña, y como animal, a la humanidad” (6-215). Otras veces contrapone humanidad a gobiernos, situando la primera en un plano superior, como al decir que “si los gobiernos se hacen egoístas, y los pueblos ricos se apegan a su riqueza y obran como avaros viejos, la humanidad es en cambio perpetuamente joven” (1-171). A veces lo hace sinónimo del pueblo humano (15-16). Parejamente a la voz de la justicia y del honor, habla de la voz de la humanidad, frente a los que la acallan, niegan y oprimen (10-96). Refiriéndose al general Grant, dice que “no era de los que se consumen en el amor de la humanidad, sino de los que se sienten sobre ella” (15-111). En la epístola a Henríquez y Carvajal le dirá al patriarca dominicano que “escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de

nación, o de humanidad” (8-187). Y en circular de 2 de mayo de 1895 a los jefes y oficiales de Jiguaní, en Guatánamo, firmada por el Delegado, y por el general en jefe Máximo Gómez, representantes electos por la revolución, “preguntamos —se dice allí— seguros de la respuesta, si el sacrificio de un pueblo generoso, que se inmola por abrirse a él, hallará indiferente o impía a la humanidad a quien se hace” (8-261).

El empeño sublime del Apóstol fue “abrir a la humanidad una república trabajadora” (8-173); emancipar a Cuba, para bien de América y del mundo (8-16); contribuir con ello “al equilibrio aún vacilante del mundo” (8-175): las Antillas libres —profetió— “acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo” (8-189). Ese amor de humanidad lo hizo hombre representativo, pues “la gloria de nuestro siglo —según señaló— es que desde Jesús acá, nunca ha sido tan ardiente y fructuoso el amor humano” (23-46). Por eso no fue Martí sólo paradigma de su tiempo, sino de todos los tiempos.